

## **DOMINGO XXII DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Deuteronomio 4, 1-2.6-8): *Observaréis los preceptos del Señor.*

**Salmo** (14, 2-4b.5): *«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?».*

**2ª lectura** (Santiago 1, 17-18.21b-22.27): *Por propia iniciativa nos creó.*

**Evangelio** (Marcos 7, 1-8.14-15.21-23): *Todas las maldades salen de dentro.*

La Palabra de Dios es con frecuencia fuente de tensión entre los mismos creyentes. Parecería como si se contradijese (es solo una impresión) y por tanto parecería como si no supiéramos bien a qué atenernos. La primera lectura es una alabanza de la Ley de Dios. De forma retórica se pregunta el autor del libro del Deuteronomio: *«¿dónde hay una nación que tenga a un Dios tan cercano que le haya dado mandamientos tan justos?».* La pregunta está formulada para contestar: *“ninguna. Solo el Señor, el Dios de Israel, es el que está cerca de su pueblo y sus mandamientos son justos y necesarios”.*

Parte de estos mandamientos, sobre todo en el libro del Levítico, se mueven en dirección de la *“pureza e impureza”* ritual, hasta el punto de que parece que la Ley tiene que ver con la pureza exterior del creyente. En la época de Jesús los fariseos eran los máximos exponentes de esta forma de entender la relación con Dios, y Jesús es muy duro con ellos. En muchas ocasiones los profetas hacen de *“contrapeso”* o *“contrapunto”* a una lectura demasiado leguleya de la Ley de Moisés. Los profetas son, como diríamos hoy, gente lista y libre. Ven la realidad, la analizan con agudeza, y dicen lo que piensan con valentía, sin medias tintas. Jesús, que se mueve en esta línea profética, pero que es mucho más que un profeta (¡es el Hijo de Dios!) cita en el evangelio las palabras de Isaías: *«Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí».*

Jesús plantea un tema que atraviesa los siglos y que cada uno, de forma personal, debe solucionar. Dios, el Dios de la Escritura, el Dios en quien creemos, nos ha dado un camino a seguir (los *«preceptos»* que son nuestra *“sabiduría y nuestra inteligencia”*, dice la 1ª lectura); pero ¿los pronunciamos solo con los labios o dejamos que conformen y configuren nuestro corazón? Dicho con palabras actuales: ¿fe y vida son inseparables o pertenecen a dos mundos inconexos y opacos? Santiago, a su manera, dice lo mismo: *«Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos».* La Palabra de Dios es palabra que se practica.

Nos cuesta contentarnos con lo que tenemos y parece que si no añadimos alguna cosa suprimiendo otra no progresamos. Necesitamos efectuar algún cambio para amoldarlo a nuestras querencias. El cambio, para nosotros, se convirtió en sinónimo de bondad y de aproximación a la perfección. Eso que es verdad y que justifica también nuestra actitud permanente de penitentes, pidiendo perdón por las deficiencias y convirtiendo nuestro corazón a la verdad y bondad trascendente, no debe empañar nuestra decisión de permanecer fieles a la voluntad divina. Por tratarse de Dios, el único absoluto que no admite cambio alguno, debemos prestar la máxima atención a todo aquello que de Él proceda.

Moisés fue designado por Dios para dar a conocer a su pueblo el designio divino, sus deseos de comunión con su pueblo y por él con todos los pueblos y naciones, para hacerles partícipes de la propia vida de Dios. Esta voluntad divina trasciende a la propia Ley de Moisés tal como él mismo advierte a su pueblo: *«No añadáis nada a lo que os mando ni suprimáis nada; así cumpliréis los preceptos del Señor...».*

Ellos, los preceptos divinos constituyen la verdadera sabiduría e inteligencia que permite penetrar el verdadero sentido de las decisiones humanas como beneficiarias de ese dinamismo creador que transmite la voluntad divina. Comprender que el cumplimiento del designio divino estamos llevando a plenitud lo mejor de nuestro corazón no es el resultado de un estudio o de una información abundante de las leyes divinas. Todo beneficio y todo don perfecto es un regalo de la Bondad de Dios que se hace viva en nuestro corazón; allí donde surge toda decisión humana.

La Palabra de Dios, la forma concreta como esa voluntad divina se nos comunica a nosotros, ha sido plantada en nuestro corazón, en lo más íntimo de nuestro ser. Corresponde a nosotros llevarla a la práctica, es decir, hacerla crecer a través de nuestras decisiones y acciones; con la conciencia clara de que no siempre estaremos a la altura de sus exigencias. Necesitamos purificar constantemente nuestro corazón expuesto a la contaminación de deseos y caprichos humanos contrarios al designio del Creador.

La Ley de Dios no puede confundirse con un código de leyes que los hombres vamos acomodando a nuestras exigencias; así lo entendieron los fariseos, fieles defensores de la ley de Moisés. No hay que añadir ni suprimir nada a la voluntad de Dios, que se hace viva en el corazón del hombre que se ha dejado llenar del Espíritu de Dios. Ese Espíritu facilita al ser humano todos los recursos para recuperar la plena responsabilidad y libertad frente a la voluntad divina.

No hay nada de fuera que condene a la impureza al corazón del hombre; es su propia decisión, la falta de sabiduría e inteligencia, la que añade o suprime algo que contamina la pureza de un corazón que Dios hizo para decidir con sabiduría y responsabilidad. Sólo un corazón puro es verdaderamente un corazón sabio y libre.